

# la Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO  
 DIRIGIDA POR  
 D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

## HOMERO

El más antiguo y el más célebre de los poetas griegos no tiene una historia cierta, sino que sobre su vida existen varias tradiciones, entre la que escogimos la más admitida como autorizada. Nació 907 años ántes de Jesucristo, en una de las siete ciudades que se disputaron este honor, *Smyrna*, *Chios*, *Colophon*, *Salanus*, *Rhodos*, *Argos* y *Atenas*; se cree que en *Smyrna*. Su madre era una huérfana, y Homero nació á la margen del río Méles. Phemius, que tenía en *Smyrna* una escuela de música



Homero.

y bellas artes, le adoptó como hijo, y á su muerte le sucedió en dicha escuela. Conoció despues el proyecto de *La Iliada*, y viajó para adquirir el conocimiento de los hombres y los lugares de los sucesos; pero mal recibido á su vuelta por sus compatriotas, abandonó su país, yendo á establecerse en *Chios*, donde abrió una escuela. Habiéndose quedado ciego en su vejez, se vió reducido á la indigencia y se llegó á encontrar precisado á andar de pueblo en pueblo recitando sus versos y pidiendo de limosna un pedazo de pan, yendo á morir á la pe-



queña isla de Yos, una de las *Cycladas*.

Compuso dos grandes epopeyas de veinticuatro cantos cada una: *La Iliada* y *La Odisea*. En la primera cantó la cólera de Aquiles y las desdichas de los griegos en el sitio de Troya, y en la segunda los viajes de *Ulises* despues de la toma de Troya, y sus desdichas y aventuras hasta volver á su reino de *Ithaca*. Compuso además un poema épico-burlesco, *La Batrachomiomachia*, ó combate de las ranas y los ratones. Opinan respetables críticos, que habiendo sido sus poemas anteriores á la *escritura*, se conservaron sólo de memoria, y que los *rapsodas*, que recitaban de memoria trozos sueltos, han debido mutilarlos y desfigurarlos en gran manera. C.

A continuacion publicamos, para que la conozcan nuestros suscritores amantes de las letras, la bellissima poesía que el señor Grilo ha compuesto para el notable Almanaque de *La Ilustracion*. La hermosa sencillez del asunto, la verdad de la descripcion y la natural ternura de que está impregnada, la colocan en el número de aquellas composiciones que no sólo inspiran admiracion por sus galas, sino que además dejan en el ánimo del lector una dulce y tranquila impresion de su belleza.

La poesía sencilla del hogar tiene, á nuestro juicio, una joya más en estas estrofas.

#### LA CHIMENEA CAMPESINA

Era una tarde de Enero;  
Se oía el viento bramar,  
Y en el anchuroso hogar  
Chisporroteaba el tuero.

Del Bétis cristalino junto á la orilla;  
De Córdoba en los bellos alrededores,  
Hay una casa blanca, pobre y sencilla,  
Que siempre me recuerda tiempos mejores.

El nogal extendido, la enredadera,  
El álamo frondoso con el granado;  
La punzadora pita, la verde higuera,  
Tejen la densa urdimbre de su cercado.

Honrados campesinos, entre sus muros,  
Viven al mundo ajenos, en dulce calma;  
Brinda el campo á sus ojos goces más puros,  
Y en el trabajo encuentran la paz del alma!

Una tarde de Enero llegué á la puerta  
De aquella casa blanca pobre y sencilla.

Que para el caminante siempre abierta,  
Del Bétis cristalino junto á la orilla!!

Saltó el lebrei gozoso, fiel vigilante  
De la heredad aislada que ama y defiende;  
Me señaló la senda; seguí adelante  
Como el que ve un amigo que le comprende.

Bajo las negras vigas de humilde estancia,  
Libre ya de las lluvias y el torbellino,  
Aspiré los efluvios de esa fragancia,  
Que tiene el techo ahumado del campesino.

Una hortelana, de esas que el campo cria,  
Morena como el trigo, de labios rojos,  
En vez de saludarme se sonreía,  
Lo mismo con la boca que con los ojos.

Todo era paz en ella; todo ventura;  
Y entre el sayal humilde de tosca lana,  
El tesoro envolviendo de su hermosura,  
Era de aquella huerta la soberana.

Blanco como la limpia piel del armiño,  
Con dos ojos rivales de dos luceros,  
Velaba el sueño dulce de un tierno niño,  
Rubio cual las mazorcas en los graneros.

Feliz, más que entre perlas que el mar regala,  
Y más que el potentado con su fortuna,  
Andaba de puntillas sobre la sala,  
Para no hacer ruido junto á la cuna!

Abre la hoguera al humo salida franca;  
Al hogar escondido su calor presta,  
Y de la protectora campana blanca,  
Con su benigno fuego los bordes tuesta.

Rojo cual los botones de las granadas,  
El leño que crujiente chisporrotea,  
A intervalos aviva sus llamaradas  
En el hueco que forma la chimenea.

De la vaca obediente la mansa ayuda,  
Al agua cristalina da movimiento,  
Y afuera, en eco grave, ó en voz aguda,  
Alternan con la noria la voz del viento.

El dolor por el mundo gritos arranca;  
La guerra es permanente; firme el encono;  
Y allí, en aquella humilde casita blanca,  
Una mujer y un ángel tienen un trono.

Va cayendo la tarde tras las montañas;  
La nieve en los caminos borra el sendero,  
Y ella junto á aquel fruto de sus entrañas,  
Ve llegar del trabajo su compañero.

Hércules de los surcos de sus mayores,  
Tiene los francos ojos llenos de vida:



Y en la eterna faena de sus labores,  
Por el sol y los aires la piel curtida!

El niño se despierta y el lebrél salta;  
No hay más que un pensamiento: mirar al niño;  
Para hallar la ventura ¡qué poco falta;  
En el hogar sereno donde hay cariño!!

Para lograr las dichas de la fortuna,  
Basta un poco de fuego y un aire sano;  
Un niño que despierte sobre su cuna,  
Y la blanca vivienda de un hortelano.

Las llamas perezosas que allí ondulaban,  
En móviles penachos se sucedían;  
Y ante aquellos amores que se besaban,  
De envidia en la ancha hoguera se retorcián.

¡Calor de los esposos, nido de fuego,  
Que á la santa inocencia prestas abrigo;  
En la solemne calma de tu sosiego,  
Con lágrimas ardientes yo te bendigo!!

Estufa campesina, que tanto adoro,  
No de mármol y jaspes finges tus vallas;  
Ni aprisionan tus leños rejas de oro,  
Ni bordadas de flores ricas pantallas.

¡Cuántas de las que alumbren muros de seda  
No lograrán á veces matar el frío!  
¡Pues no hay fuego en el mundo que vencer pueda  
El hielo pavoroso que da el hastío!!

Pronto vendrá la noche; la blanca luna  
Verterá sus reflejos sobre la tierra,  
Y ante la flor tardía que está en la cuna,  
Se hablará del hermano que está en la guerra.

Se hablará de las aguas; aguas jugosas,  
De la tierra, á las lluvias agradecida,  
Que dará olor al aire y al prado rosas,  
Mieles á los racimos y al campo vida!

En alegre velada de encantos llena,  
Tú eres luz y regalo, música y germen;  
Y al nutrir con tu fuego la frugal cena,  
Cuando sola te apagues, ¡¡ será que duermen!!

¡Adios: de ti me alejo con paso grave;  
Y el calor de tus llamas no trocaría,  
Más que por ese dulce calor suave,  
De un alma que sintiese como la mía!!

Hoy al són de los aires y el aguacero,  
Cuando envuelto entre nubes el sol no brilla,  
¡¡Quién olvida la tarde del mes de Enero,  
Del Bétis cristalino junto á la orilla!!

ANTONIO F. GRILO.

## CARTAS DE DOS MUÑECAS.

*ROSITA Á ESMERALDA.*

¿Que te sucede, queridísima Esme-  
ralda? ¿Qué es de tu vida? Cuando  
hace mucho tiempo recibí tu últi-  
ma carta, me encontraba leyendo  
con sumo gusto una de las escenas de  
esos niños á quienes su papá cuenta  
tan instructivas historias, y recuerdo  
por cierto que hablaban del coral.  
Me encontraba, como te digo, leyen-  
do tu carta, cuando vi que se suspen-  
día de repente la narración. Dije en-  
tonces: "Se conoce que el otro pliego  
de papel en que seguía, ha creído  
Esmeralda que le había metido en  
en el sobre y se le ha olvidado; pero  
en cuanto lo note le enviaré." ¡Vana  
esperanza, hermana mía! Han pasa-  
do días tras días y hasta meses, y ni  
el pliego viene, ni lo que es más tris-  
te para mí, ninguna carta tuya he  
vuelto á recibir. Aunque la curio-  
sidad es bien natural y el deseo de  
aprender muy justo, renunciaria  
tal vez á conocer el final de tus no-  
ticias sobre el coral; pero á lo que no  
puedo renunciar, Esmeralda, es á sa-  
ber de ti; el cariño de hermanas es  
demasiado grato para renunciar á  
él. Añade á esta privación la in-  
quietud natural que produce en mí  
tu silencio, y comprenderás la intran-  
quilidad en que estoy por si te ha  
sucedido alguna desgracia, pues á  
toda sospecha da lugar tu olvido  
y tu silencio. Si tu cariño hacia  
mí ha cesado, si mi trato te enoja  
ó mi correspondencia te fastidia, yo



*te prometo no volver á molestarte; pero siquiera una vez exíbeme que no te sucede nada, y te lo agradecerá en el alma tu buena hermana*

*Rosa.*

## LA NOBLEZA DEL PERRO

Hé aquí, queridos niños, un suceso que, referido en breves términos, os hará formar una idea de la nobleza y lealtad de este animal.

Un hombre quiso deshacerse de un perro que tenía, y no consiguiéndolo, porque el

pobre le venía siempre á buscar, lo metió en una barca, lo ató al cuello una cuerda con una piedra y lo tiró al mar.

Quiso la Providencia que el lazo del cordel se escurriese, y el perro, libre del pesc, siguió, nadando, á la barca.

Desesperado el hombre, quiso espantarlo, y el animal no se separaba, por lo que, insistiendo en matarle, le golpeó con el remo en la cabeza.

El animal seguía siempre á su amo que así le maltrataba; pero la cólera del hombre llegó á tal punto, que al hacer un movimiento para darle con más fuerza un golpe, fué al agua.

Entonces el fiel animal salvó á su amo de una muerte cierta librándole de las olas.



La nobleza del perro.

¿No enseña este irracional á muchos que presumen de sabios, un sublime perdon de las ofensas y una fidelidad y heroísmo admirables?

## LA INFANCIA DE LOS GRANDES HOMBRES <sup>(1)</sup>

LUIS VAN BEETHOVEN

### II

EL RAMO DE LILAS

Mr. Beethoven era un hombre de unos

(1) Véase la pág. 326.

cincuenta años, y podría decirse que tenía una buena figura, es decir, que era alto, corpulento, de rostro lleno y de buen color, ojos rasgados, nariz perfecta, boca proporcionada, dentadura blanca, barba redonda, aspecto tranquilo y severo. Como todos los alemanes, hablaba poco. Generalmente se oye con atención á los que hablan con una prudente reserva; una persona que no prodiga las palabras, que no habla sino pesando lo que dice, no se ve expuesta á réplicas á que nunca da ocasión.

A este hombre pensativo y recto le era



conveniente una compañera como la que tenía, buena, sencilla, y tan conforme con todos los deseos de su marido, que en los siete años que llevaban de matrimonio jamás habían tenido un quítame allá esas pajas, ni el menor disgusto había turbado el hogar doméstico. Este ejemplo había sido seguido por sus hijos. Como se hallaban acos-

tumbrados á ver á su madre obedecer á la menor indicación de su marido, nunca se les había pasado por la imaginación que pudiera obrarse de otra manera. Desde el momento en que el jefe de la familia hacía la menor indicación, todos estaban conformes. Y como Mme. Beethoven era más joven que su marido, y en la época en que co-



La Muñeca.

mienza esta historia tendría unos veinticinco años, en este perfecto acuerdo podría entrar mucha parte de respeto.

—¿Estamos prontos? dijo Mr. Beethoven al poner el pié en la habitación.

—Sí, querido mío.

—Sí, papá.

Contestaron á la vez la madre y los tres niños, con ese movimiento repentino que demuestra el temor que infunde el cabeza de casa.

—¿Todos, todos? preguntó de nuevo.

—Todos.

Y esta vez sólo contestó la mamá.

—Acabo de encontrar á Mr. Stumer, y está muy descontento de Luis, dijo monsieur Beethoven; y si no fuera por no desagradar á la buena Dorotea, la hermana de Mr. Simrok, de seguro que el señorito Luisito se quedaba guardando la casa... pero...

A la primera expresión dicha por su papá, Luis se puso colorado y lleno de rubor; su madre, con natural intención, se había apoderado de la mano de su marido, y oprimiéndola con cariño, como disculpándose de interceder por su hijo, se apresuró á decir:



—Pero Dorotea lo sentiría mucho, y Luis se aplicará más mañana.

—Entonces... en marcha, dijo Mr. Beethoven ofreciendo el brazo á su mujer.

La tarde era magnífica, y aunque el otoño tocaba á su fin, se sentía muy poco frío. La casa de Mr. Beethoven se hallaba situada en la orilla izquierda del Rhin, cuya majestuosa corriente atraviesa tantas populosas ciudades y tantas aldeas, y en cuyas transparentes aguas se reflejan tantos palacios y castillos y tan gigantescas montañas.

Caminando por sus floridas márgenes se llegaba á la residencia del archiduque Maximiliano de Austria, que acababa de heredar la dignidad de elector de Colonia.

Hacia ese punto se dirigió la familia; Juan y Carlos iban cogidos de la mano y marchaba delante; despues seguian los esposos Beethoven; Luis, aún vergonzoso por la reprension de su papá, marchaba á alguna distancia.

La conversacion fué por algun tiempo insignificante, y reducida á las naturales advertencias de la mamá á sus hijos.

—Niños... no vayais tan deprisa... no os acerqueis tanto á la orilla... Juan, no sueltes la mano de tu hermano...

Y otras frases parecidas; despues trató, con cariñosas palabras, de entablar conversacion con su marido.

—Mira, querido mio, qué contentos van Juan y Carlos; dijo haciendo notar á su marido los brinco y carreras que daban sus dos hijos pequeños.

—Sí, contestó Mr. Beethoven, cuya fisonomía no demostró ninguna emocion.

—Van tan contentos por ir á casa de la señora Simrok, con la esperanza de las golosinas que siempre los da, y por correr en el hermoso parque del elector. ¿Sabes que la señora Simrok tiene una buena colocacion?

—Muy buena; dijo Mr. Beethoven en el mismo tono.

—Verdad es que para una pobre soltera de bastante edad, porque Dorotea es vieja y pobre, continuó sin detenerse Mme. Beethoven, vivir en un hermoso palacio, tener á sus órdenes muchos criados... á quien uno no paga... ser, en fin, ama de gobierno del elector... no es despreciable; ¿verdad, amigo mio?

—Sí, respondió como siempre el tenor de la capilla.

—¿Dónde está Luis? preguntó la madre mirando con inquietud á su alrededor.

—¿Quién, Luisito? dijo Juan, llamando á su hermano en diminutivo; se habrá detenido bajo la copa de algun árbol para conversar con los pájaros.

—¡Luis! gritó Mr. Beethoven.

A esta voz fuerte, y cuyo eco resonó á lo lejos, dejó ver Luis su reluciente cabeza y su crespa cabellera por encima de una mata de juncos que crecía á orillas del rio.

A la vista de sus padres, ocultó detrás de sí un objeto que llevaba en la mano.

—¿De dónde vienes, Luis? le dijo su madre con una dulce expresion de enfado.

—De allí, mamá, contestó éste poniéndose colorado, y señalando con la mano las orillas del rio.

—¿Y qué hacías allí? replicó su mamá.

—Nada... es decir... tambien estaba escuchando...

—¿El qué?... interrumpió Mr. Beethoven, que no le gustaban largas conversaciones ni respuestas tardías.

—Escuchaba el murmullo del rio... dijo Luis con los ojos bajos.

—No sé qué gusto sacas de escuchar el ruido de las aguas, y esconderte para eso entre los juncos, para inquietar á tu papá y á mí. Vete delante con tus hermanos.

Luis obedeció; pero entonces la mano que llevaba á la espalda cambió de sitio, pasando súbitamente con lo que en ella tenía á ocultarla entre los faldones de su chupa.

—¿Quieres decirme, Luis, lo que encuestras de entretenido en el ruido del rio? preguntó Mme. Beethoven, queriendo continuar conversando con sus hijos, ya que su marido no lo hacía. Contéstame cuando yo te hablo, Luis.

—Es que eso produce armonía, dijo Luis como entrecortado.

—Este niño no vé más que música por todas partes, dijo la señora Beethoven.

—¿Qué tienes ahí, Luis? dijo Juan á su hermano, señalando á la mano que tenía oculta.

—¿Á tí qué te importa? contestó Luis.

—¡Chico, chico! ¡Vaya un modo de contestar! replicó Juan: no te vamos á comer la mano; bien puedes sacarla á que la dé el aire.

—¿Quieres correr con nosotros? le preguntó Carlos con su vocécita infantil.

—No, no tengo ganas de correr; dijo Luis bruscamente.



—¡Qué áspero y arisco es este niño! dijo Mme. Beethoven á su marido.

—Phs... dijo el maestro de capilla, haciendo saltar un guijarro con su baston.

A este tiempo habia llevado la familia á la verja del palacio. Una señora de alguna edad vino á su encuentro, vestida con esmerado aseo y rostro agradable; llevaba de la mano una linda niña de siete años; un caballero de avanzada edad las seguia de cerca.

—Buenos dias, amigos mios, dijo el ama de gobierno, saludando graciosamente á los recién venidos. Aquí están todos los niños; ¡cuánto os agradezco que los hayais traído! Buenos dias, Luis; buenos dias, Juanito; hola, amiguito Carlos. Andad á jugar con Leonor, queridos mios. Aquí tienen ustedes á mi hermano que ha abandonado su almacén de música para comer con nosotros.

A estas palabras el individuo que acompañaba á Dorotea se adelantó á su vez para saludar á los recién llegados.

—Buenos dias, Mr. Simrok, le dijo monsieur Beethoven tendiéndole cordialmente la mano; mucho celebro encontraros en casa de vuestra hermana.

—Quería felicitaros, amigo Beethoven, principió Mr. Simrok despues de haber saludado respetuosamente á la señora, de la manera admirable como habeis cantado el último domingo en la capilla. Y á propósito de esto; ¿quereis decirme de quién es la voz tan sonora y tan pura que sobresalia por entre las demas en los niños de coro? Todo el mundo se entusiasmaba al oirla.

—La de Luis, mi hijo mayor; replicó Mr. Beethoven.

—Pues teneis un hijo muy notable, amigo mio, dijo Mr. Simrok.

—Pues no sirve más que para eso; exclamó tristemente Mr. Beethoven.

—¿Cómo que para eso nada más? preguntó Mr. Simrok.

—Sí, mi querido editor, respondió el tenor de la capilla; aparte del piano y el canto, no sirve para nada.

—Pues yo pienso que con eso solo sirve para mucho, continuó el almacenista de música.

—Verdaderamente, mi buen amigo Simrok; si al menos ese niño quisiera estudiar; si fuera sociable; pero repare usted, siempre está separado de los demas, con aire sombrío, arisco, y prefiriendo el aislamien-

to y la soledad á la sociedad ni aún de su madre ni de sus hermanos.....

—¡Repárese usted, repárese usted... interrumpió Mr. Simrok haciendo señas á su amigo para que callara; repare usted lo que hace el niño!....

Y el editor de música indicó con el dedo á los dos esposos, lo que hacia su hijo, el cual sacando de debajo de su chupa un ramo de lilas, se le ofreció con aire tímido á la pequeña Leonor, poniéndose como la grana al ver que lo aceptaba.

(Se continuará.)

## LA MUÑECA

CUENTO PARA LAS NIÑAS

### VI

#### El regalo

La satisfaccion de la mamá de Cecilia crecia cada dia más, pues ésta, con el deseo de repetirlas á su muñeca, atendia á todas sus observaciones, y estudiaba, cosía, escribía y dibujaba con gran aplicacion, enseñándola despues á su niña cuanto aprendia.

Como era natural, sus padres, contentísimos con Cecilia, no escaseaban sus regalos, y ya la compraban un mobiliario de muñecas, con su camita de palosanto, su armario de luna para los vestidos, su sofá y sus butacas de *saten*, su mesa de comedor, su lavavo, etc., etc.

Una mañana acababan de enviar á Cecilia una bolsa de raso verde llena de dulces. Se disponia á comerlos alegremente con su muñeca, y al efecto se la puso á ésta entre sus dos manecitas para hacerse la ilusion de que tambien comia. En esto entró en su cuarto, por equivocacion, un muchacho lleno de tizne de carbon; era un pobre chico que tenia de criado el carbonero. Quedóse la criatura mirando la bolsa de los dulces con la boca abierta, y mientras echaba mano á un gorro viejo que llevaba para saludar á la señorita, no quitaba los ojos de los dulces. ¡Pobrecillo! No tenia para desayunarse más que un pedazo de pan! Mientras tanto la muñeca seguía con la bolsa entre sus manos y los brazos extendidos. No parecia que los guardaba, sino que los ofrecia... Cecilia entendia el lenguaje de las muñecas, y dijo:



—Sí, sí, tienes mucha razón. Mamá lo dice muchas veces: «Quien da al pobre, presta á Dios.» «La caridad es el más dulce de los placeres!»

Los dulces pasaron de manos de *Abcd* á las del *carbonerillo*.

La alegría del muchacho hizo á Cecilia más feliz que lo había sido nunca.

(Se continuará.)

## LÉJOS Y CERCA

—Ayer, señor cura,  
Con el campanero,  
Me subí á la torre  
Más alta del pueblo;  
Y lo que tan grande  
Desde abajo vemos;  
Visto desde arriba  
Parece pequeño.



Elementos de dibujo.

Padre, ¿en qué consiste?

Yo quiero saberlo.

—Escucha, hijo mío,

Y guarda el recuerdo.

Lo más asombroso

Que existe en el suelo,

Los grandes palacios,

Altos monumentos,

Cuanto sobre el mundo

Se eleva soberbio,

Si ganas la altura

Lo verás pequeño.

Mezquino á tu vista

Será lo mas régio,

Porque allí... te encuentras

Más próximo al cielo.

M. RAMOS CARRION.

## CHARADA

Tomando *prima*  
en un café  
en el *dos una*,  
no sé con quén,  
vi dar á un *todo*  
¡pásmese usted!  
un dó de pecho  
y un sí despues.

Solucion de la charada del núm. 41:

BORDADO.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.